

TERCERA OBLIGACIÓN DE LA RELIGIOSA

SUFRIR

Los días de mi peregrinación aquí en la tierra son ciento treinta años, decía el patriarca Jacob al rey de Egipto; por muchos males han pasado, y esos días han sido cortos y trabajosos. (Gén., XL, 7.)

Estas palabras son el más fiel compendio de la vida humana. Nacemos para padecer, y desde la cuna hasta el sepulcro la vida es para todos como *un duelo más ó menos sombrío; un aprendizaje del sufrimiento; una lucha sin tregua y sin descanso con el dolor.*—*Vivir mucho, dice san Agustín, es padecer un tormento más largo.*

Y esos padecimientos, dolores y tormentos pesan sobre todos los hombres sin excepción. *El hombre nacido de mujer, dice el Espíritu Santo, vive pocos días, y está lleno de muchas miserias. (Job, IV.)*

Vamos á exponer:

- 1.º *La necesidad de padecer.*
- 2.º *La naturaleza y las causas de la tribulación.*
- 3.º *Las diferentes formas de la tribulación.*
- 4.º *La manera de soportar la tribulación.*
- 5.º *Los efectos de la tribulación.*

CAPÍTULO PRIMERO

NECESIDAD DE PADECER

I

La necesidad de padecer para todos los hombres en general tiene su fundamento en nuestra naturaleza, accesible al dolor y condenada á padecer en castigo del pecado original.

El hombre no ha sido criado para padecer: Dios le puso en la tierra para que fuese feliz, y de esta felicidad que disfrutó por algunos días ha conservado un recuerdo tan grato é inalterable, que el afán por conseguirla y disfrutarla de nuevo constituye el móvil de todas sus acciones, la tendencia invencible de todo su sér, la incesante aspiración de su alma. Pero ¡ay! á pesar de todo, no halla más que una imperfecta imagen, y sólo como de pasada gusta su inefable dulzura.

Y es que el hombre se rebeló contra Dios, y, en castigo de ese pecado, Dios maldijo la tierra, y fulminó contra el hombre esta aterradora sentencia: *Todos los días de tu vida comerás el pan mojado con tus lágrimas y con el sudor de tu rostro (Gén., III.);* y desde entonces la humanidad va arrastrando en el destierro una larga cadena de desdichas, llevando marcadas en la frente las señales del anatema y de la caída.

El pecado es la causa del *padecimiento*, como lo es de la muerte; uno y otra son *el saldo del pecado*, y, como dice san Francisco de Sales, la vida no es más que un hospital en donde entramos todos para curarnos: cuando ya no tenemos que padecer, entonces saldremos de aquí, como se hace salir del hospital á un enfermo en cuanto está curado: por medio del sufrimiento se verifica nuestra curación.

Arreglaos las cosas como queráis, dice la *Imitación de Jesucristo*; que siempre y en todas partes, de grado ó por fuerza, siempre tendréis *algo que sufrir*; siempre encontraréis la *cruz*, ya en los dolores corporales, ó ya en las aflicciones del espíritu.

¡La cruz! Siempre y en todas partes se levanta ante vuestros ojos: siempre os está esperando. Mirad arriba y abajo, por dentro y por fuera, y en todas partes la encontraréis. Y siempre, si queréis conseguir la paz del corazón y la vida eterna, siempre tendréis que llevarla con paciencia.

Y vosotras, religiosas, si quisiera echar una mirada á los pocos días transcurridos desde la infancia hasta la hora presente en que estáis leyendo estas páginas; vosotras cuya vida ha sido en general, más que la de otras muchas, tan apacible, sosegada y aun monótona, ¿no es verdad que hallaríais en el diario de esa vida pocas páginas en que, bajo una ú otra forma, no aparezca alguna de esas expresiones que, á través de mil variantes, vienen todas á significar una misma cosa: *Padecer?*

El Espíritu Santo resume en dos palabras la

vida del hombre sobre la tierra: *Labor et dolor*, esto es, *trabajo y dolor*, y da la razón de esto, diciendo: *castigo y expiación*.

II

La necesidad de padecer para todos los hombres en general, proviene de los pecados personales que han cometido y que necesariamente deben expiar.

El pecado es una injuria que se hace á Dios, desobedeciéndole y posponiéndole á una criatura ó á una satisfacción propia; y como Dios es la justicia y la santidad por excelencia, se debe á sí mismo que *tal injuria sea reparada*; y como el pecado es un *goce, ó del espíritu, ó del corazón, ó de los sentidos*, goce buscado contra la voluntad de Dios, es preciso que este goce sea expiado por medio de una pena del espíritu, ó del corazón, ó de los sentidos, para que se restablezca el orden quebrantado.

El *autor* del dolor es siempre la justicia de Dios, y la *causa* el pecado del hombre. La pena sigue al pecado, como la sombra sigue al cuerpo, dice Mons. de Segur. Algunas veces no le sigue inmediatamente, y en otras hasta parece que se le excusa en este mundo; pero tarde ó temprano vendrá, y tanto más terrible cuanto más haya tardado.

El *pecado*, dice san Pablo, *es la raíz de todos los males*. (I Tim., vi, 10.) La concupiscencia, dice san Agustín, es el origen de todas las miserias que agobian á la criatura racional: origen de enfermedades, origen de disgustos,

origen de terrores, origen de humillaciones, origen de innumerables dificultades. San Pablo oía dentro de sí mismo una respuesta de muerte; esta respuesta era el sentimiento del dolor, y el dolor, en general, es el eco y el castigo del pecado.

No hay duda que el hombre puede recobrar la inocencia por medio de la contrición y de la absolución de sus culpas; pero ni con estos medios puede por completo recobrar la paz ni evitar los dolores. *Si alguien pretende*, dice el Concilio de Trento, *que la remisión de la culpa lleve consigo la remisión de la pena que merece el pecado, sea anatema*. De ahí el dogma de la reparación después de esta vida; de ahí el dogma de la reparación durante la vida; de ahí el dolor reparador de que luego hablaremos.

Algunas veces podemos sentirnos tentados á creer que padecemos sin motivo; pero entonces entremos dentro de nosotros mismos, sondeando delante de Dios y con el auxilio de sus luces los pliegues más ocultos de nuestro corazón. La primera cosa que debemos hacer cuando nos aflige una desgracia es examinar-nos á nosotros mismos, y pronto reconoceremos que somos justamente castigados; porque ¿dónde está el hombre que pueda decir sinceramente y con verdad: *yo nunca he pecado?* La justicia humana puede á veces castigar á un inocente; la justicia de Dios *jamás*. Para la especie humana en general, como para el individuo en particular, *todo mal es una pena*. Empero tenemos muy presente que *para el individuo toda pena*, excepto la última, *es im-*

puesta por el amor, tanto como por la justicia (De Maistre). Dios es siempre padre, y cuando castiga no se decide á perder eternamente al pecador, sino cuando ve la invencible obstinación de éste en el pecado.

III

La necesidad de padecer para todos los hombres en general se funda en la obligación de combatir, que dejamos probada en el capítulo precedente.

Puesto que combatir consiste en *precaerse*, es decir, en velar sobre nuestros sentidos y sobre nuestras facultades para impedir que los agentes exteriores los arrastren y aparten del deber, y en *luchar* contra nuestras inclinaciones para enfrenarlas y contenerlas dentro de los límites prescritos por la ley de Dios, se ve clara y abiertamente que no es posible dejar de *padecer*.

Nuestros *sentidos*, nuestras *inclinaciones*, el *demonio*, son enemigos muy encarnizados y poderosos para no *irritarse* con nuestra lucha y para no *resistir* á la violencia que les hacemos; y nosotros, por nuestra parte, somos muy delicados para no sentir vivamente los efectos de esa resistencia ó, lo que es lo mismo, para no *padecer*.

Cuando san Pablo nos dice: *Vestíos de todas las armas de Dios para que podáis defenderos contra las asechanzas y ardidés del diablo, porque no tenemos que combatir contra hombres de carne y sangre, sino contra los*

principados y potestades del infierno, contra los príncipes del mundo, contra los espíritus malignos esparcidos por el aire (Eph., VI, 11), nos anuncia este combate continuo y el sufrimiento, consecuencia necesaria de este combate.

IV

La necesidad de padecer está fundada en la obligación de merecer el Cielo.

El Cielo es un reino que se ha de conquistar. Jesucristo nos ha dicho expresamente: *El reino de los cielos se conquista á viva fuerza, y sólo los que se la hacen lo arrabatan* (San Mateo, XI, 12); y como la necesidad de hacerse violencia, indicada de una manera tan general, se extiende á todas las edades, estados y condiciones de la vida, bien claro se deja entender que el *padecer*, consecuencia necesaria de esa lucha violenta, alcanza á todas las edades, estados y condiciones del hombre.

Para conquistar el cielo no hay otro medio. Ninguno, dice san Pab'o, *será coronado si no ha lidiado según ley*. (II Tim., II, 5.)

«No dudéis, pues, en aceptar *la cruz*, añade *la Imitación*:

»*La cruz* es la salvación y la vida.

»*La cruz* es la muralla que nos pone en salvo.

»*La cruz* es el manantial de las celestiales dulzuras; es la fuerza del alma y la alegría del espíritu.

»*La cruz* es la virtud por excelencia, es la perfección de la santidad.

»Sin *la cruz* no hay salvación; sin *la cruz* no hay esperanza de vida eterna.»

V

La necesidad de padecer para todos los hombres en general, y para los religiosos en particular, está fundada en la obligación de semejarnos á Jesucristo.

Todo cristiano es otro Jesucristo, y no será admitido en el cielo si su vida no tiene alguna semejanza con la de Jesucristo. Para que esta conformidad fuera posible, pasó Jesucristo treinta años en este mundo, viviendo en la pobreza y obscuridad, dando á todos ejemplo de las más sencillas virtudes, pidiendo á todos que le imiten, cada cual según su estado, y á nosotros, á quienes ha llamado para estar más íntimamente unidos con El, nos pide especialmente que le imitemos en su oficio de *Salvador*, continuando la obra que El vino á realizar en la tierra.

Y como Jesucristo salvó al mundo por medio de *la cruz* y de *los padecimientos*, síguese que por medio de *la cruz* y de *los padecimientos* es como podemos continuar su obra todos los que tenemos á mucha honra haber sido escogidos por El y que le vamos el nombre de *apóstol*, cualquiera que sea el género de misión que se nos haya dado: *misión de oración continua, de anunciar la palabra de Dios, de abnegación para aliviar los dolores*; y cualquiera que sea el nombre que llevemos: *sacerdotes, religiosos, misioneros, religiosas*.

Escuchad las palabras del divino Maestro, dirigiéndose directamente á nosotros: *En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo que cae en tierra no muere, queda solo, infecundo y sin fruto; pero si muere lleva abundantes frutos.* (Joan., XII, 24.) Esta comparación expresa con bastante claridad el pensamiento del divino Maestro; mas, para que no haya equivocación posible, se apresura á darnos El mismo la explicación: *El que ama su vida la perderá, y el que aborrece su vida en este mundo la hallará en la eternidad. El que quiera servirme, sígame; y adonde quiera que yo vaya (y pronto irá al Calvario), allí también ha de estar mi servidor.* (Ib.)

Jesucristo no podía decirnos con mayor claridad que nos es imposible conquistar las almas por otros medios que los que El mismo empleó; y por más eficaz que sea su palabra, por más meritorios que sean sus trabajos, por más poderosas que sean sus oraciones, á sus padecimientos y muerte quiere El mismo que se atribuya especialmente la salvación de nuestras almas, y así lo han predicado sus autorizados intérpretes los Profetas y los Apóstoles. *Con sus cardenales hemos sido sanados,* dice Isaías (LIII, 5). *Tomó como propios nuestros pecados,* dice san Pedro, *y los llevó á la cruz consigo, para que, muertos al pecado, vivamos á la justicia* (I Pet., II, 24). *No hay remisión para vosotros,* decía san Pablo á los hebreos mostrándoles á Jesús crucificado, *si no hay efusión de sangre.* (Heb., IX.)

El divino Maestro se expresa con mucha más

energía cuando nos dice que *para entrar, como Jefe nuestro, en la eterna gloria, fué menester que padeciera todo lo que él padeció.* (Luc., XXIV, 26.)

VI

La necesidad de padecer para los religiosos en particular, está fundada en la obligación que tienen de ser víctimas por razón de sus votos.

I. «Jesucristo, Jefe divino de su cuerpo místico, que es la Iglesia, se perpetúa — dice el P. Lyonard, — y en cierta manera se dilata en cada uno de sus miembros, bajo alguno de los rasgos característicos de su existencia.

»En el *simple fiel* continúa su vida privada y, por decirlo así, *su vida doméstica* de Nazareth.

»En el *sacerdote* continúa su vida pública de predicación y sus funciones de *sacrificador*.

»En el *religioso* continúa su vida y sus funciones de *victima*.

»Tronco divino, vid divina, la vida de Cristo va comunicándose como savia fecunda, formando tres grandes ramas estrechamente unidas, las cuales, ramificándose á su vez, llevan la vida divina de Cristo hasta la última y más insignificante ramita de este árbol misterioso.

»La primera rama es la vida de Cristo continuada en los fieles: es *la vida cristiana*;

»La segunda es la vida de Cristo, doctor y sacerdote, continuada en los sacerdotes: es *la vida sacerdotal*;

»La tercera es la vida de Cristo, víctima

obediente y crucificada, continuada en los religiosos: es *la vida religiosa*.»

Un religioso, cualquiera que sea la naturaleza de su ministerio, por el mero hecho de su profesión religiosa, tiene oficialmente la comisión y encargo de perpetuar en la tierra el sacrificio de Jesucristo, en calidad de *victima* asociada á la divina víctima del Calvario para la salvación del mundo.

«Llámanse religiosos—dice santo Tomás—los que se consagran totalmente al servicio divino, ofreciéndose á Dios como *un holocausto*. Y, en efecto, el estado religioso puede considerarse como un holocausto por el que el hombre se ofrece á Dios por entero con todo lo que tiene. Ofrece á Dios *los bienes exteriores* por el voto de pobreza voluntaria; le consagra *el caudal de su propio cuerpo*, principalmente por el voto de continencia; le ofrece, por fin, *el tesoro de su alma* por la obediencia, puesto que con ella le hace el sacrificio de la propia voluntad.»

Por consiguiente, el religioso está obligado por su vocación á ser *una víctima*, y quien dice *victima* dice *un ser destinado á los padecimientos y al sacrificio*.

San Francisco de Sales lo indicaba muy claramente á una recién profesa, á la cual escribía: «Estás ya en espíritu sobre el altar sagrado, para ser sacrificada é inmolada y aun consumida en holocausto....., totalmente muerta al mundo, y el mundo muerto para ti; ésta es una parte del holocausto, pero faltan todavía dos: la una es *desollar la víctima*, despojando

el corazón de sí mismo, cortando y arrancando todas esas ligeras impresiones que le causan la naturaleza y el mundo; la otra es *quemar y reducir á cenizas* el amor propio y convertir el alma en llamas de celestial amor.»

Así, pues, religiosas, estad dispuestas más que nadie á *padecer*, no sólo á consecuencia de las privaciones que con los votos os habéis impuesto, sino también por *voluntad expresa de Dios*, que por medio de vosotras continúa la vida paciente de su Hijo Jesús.

II. Tened presente que *la víctima* no vive ya para sí, sino para aquel que ha aceptado su sacrificio y cuya gloria se propone generosamente reparar. Cargada con el pecado que la hace indigna de todo derecho, no se queja nunca de que la traten sin consideración. Habiéndose abandonado en manos de la justicia divina, toda su tendencia es *entregarse pasivamente* á la acción de Dios para ser, como si dijéramos, *un juguete* de su voluntad, y, por consiguiente, á la acción de las criaturas, aun las más ruines y despreciables: gózase con los golpes que descargan sobre ella; los más fuertes son á sus ojos los mejores, y llegada la hora, hállase dispuesta al sacrificio. La *victima* está habitualmente de *espera*, tranquila, serena, sumisa y gerrerosa.

Y no sólo *espera* y *acepta* la víctima los padecimientos, sino que algunas veces ella misma *los pide* con sencillez. Una alma generosa, una joven, en 1866, ofrece su vida por Pío IX, y Dios la llamó á sí. Mons. de Segur, al celebrar la primera Misa, pide la enfermedad

más dolorosa que no le impida ejercer su ministerio, y Dios le envía la ceguera. Semejantes súplicas dan á Dios *mucha gloria*; pero para ello se requiere *un impulso especial de la gracia*, y, sobre todo, sumisión á un prudente director.

III. ¡Es tan hermoso, tan grande, tan generoso *el estado de víctima!* La víctima voluntaria es *un compuesto de fuerza y de amor*, y el alma que posee esa fuerza y ese amor en un grado eminente, puede, dice un religioso, «*decidir delante de Dios la suerte de una nación*»; y añade Luis de Blois, «*que es más útil á la Iglesia en una hora, que cualquiera otra en muchos años*».

Alegraos, pues, y daos el parabién por haber sido elegidas para ser víctimas; alegraos de sufrir y de continuar la obra de Jesucristo. «Es ley del cristianismo—dice el abate Ribet,—que la restauración del hombre caído se realice por medio del sacrificio voluntario. Jesucristo glorificó á su Padre y rescató al hombre padeciendo, y quiere prolongar en las almas más santas su reparación y redención por medio del dolor.»

VII

La necesidad de padecer, para algunas almas en particular, está fundada en la elección que Dios, por su bondad, ha hecho de ellas como víctimas especiales.

Dice el P. Lyonard que Dios, por fines que El sólo conoce, elige *algunas víctimas espe-*

ciales, y les da para la salvación de sus hermanos abundante participación en los padecimientos de su Hijo divino, y, por consiguiente, en su título y funciones de *víctima*.

Recorriendo los anales de la Iglesia, sería fácil comprobar este aserto con hechos numerosos que lo demostrarían hasta la evidencia. Efectivamente, en todos tiempos se ha elegido Dios almas fervorosas para hacer de ellas víctimas agradables á sus divinos ojos, complaciéndose en descargar sobre ellas los golpes que su justicia tenía reservados para una ciudad, para una nación y hasta para la misma Iglesia por la infidelidad de sus hijos. Así fué como descargó sobre la inocente víctima del Calvario, su Hijo amado, los rigores que su justa cólera tenía reservados para la humanidad culpable.

Es de todo punto imposible decir el tierno amor y la verdadera predilección que Dios Padre tiene á esas almas, á quienes ha dado un rasgo tan particular de semejanza con su Hijo crucificado. Por complacerlas no hay milagro ni gracias que no esté dispuesto á conceder á sus ruegos, particularmente cuando se los presentan mezclados con las lágrimas, la sangre y las agonías de Jesús, juntamente con sus propias lágrimas y agonías.

«Sobre todo en las épocas de crisis religiosa y social es cuando el Señor, en su misericordia, suele suscitar esas *víctimas ocultas*, cuya acción latente, como la de la gracia en cada uno de nosotros, obra con ella, y mediante ella, de una manera íntima y vital. Puede

compararse la importante función que cumplen esas almas en los miembros del cuerpo místico de Jesucristo, á los órganos vitales que en el cuerpo humano están inmediatamente unidos al corazón para transmitir la sangre, y con ella la vida, á los miembros más lejanos.

»No diremos que esas almas santas sean como una especie de *sacramento vivo* de que Jesucristo se sirve para realizar en sus miembros una obra de vida divina; pero sí podemos decir que son *instrumentos, conductos* unidos por el dolor y el amor á la fuente de esa vida divina, es decir, al sacratísimo corazón de Jesús, para transmitirla y distribuirla por aquellos miembros á que por este medio quiere comunicarla.

»De ahí resulta que, cuanto más unida está una alma *por medio del dolor y del amor* con la fuente de vida, que es Jesucristo, tanto mejor llena las condiciones que se requieren para recibir en abundancia los torrentes de vida divina para sí misma y para los demás; tanto más apta es para perpetuar en la tierra el sacrificio de Jesús, para ser asociada á su título y á su oficio de víctima por la salvación de los hombres, y, por consiguiente, más prevanza tiene con Dios y más valimiento con el corazón de su Hijo divino para obtener las más abundantes gracias para los justos, los pecadores, la Iglesia, el Soberano Pontífice, las naciones, las diócesis, las parroquias, las familias, la conversión de los infieles, en una palabra, para todas las necesidades de la Iglesia y de la humanidad.»

Y si Dios elige indistintamente algunas *víctimas especiales* en todas las clases y jerarquías de la sociedad cristiana, es indudable que las elige en mayor número en *las comunidades religiosas*; esas comunidades llamadas con mucha razón por un Obispo *los pararrayos que apartan de la cabeza de los culpables, para recibirlos ellas, los rayos de la cólera divina dispuesta á descargar y castigarlos.*

VIII

La necesidad de padecer para algunas almas en particular, está fundada en el amor especial que Dios les tiene.

Dios castiga á los que ama. (Heb., XII, 6.) Ved ahí unas palabras que serán eternamente el escándalo del hombre carnal y sensual, que no comprenderá jamás el amor que hiere y tortura. Y, sin embargo, tal es el amor del padre que corta, á pesar de las lágrimas de su hijo, el miembro gangrenado que hubiera causado la muerte de aquel ser tan querido; tal es también el amor de la madre, que á fin de que su hija sea hermosa, muy hermosa, no duda en hacerle sufrir una dolorosa operación para quitarle del rostro lo que la afeaba.

No necesitamos aquí detenernos en exponer ese estado del alma que los místicos llaman *las purificaciones pasivas*, y que hacen pasar al alma así favorecida de Dios «por una serie de tribulaciones interiores y exteriores que la llenan de angustia, la ponen por blanco á to-

dos los tiros de la concupiscencia de los hombres y de los demonios, la arrojan en un crisol ardiente que consume sus impurezas, sus instintos carnales, su propia vida, para salir de allí pura, inalterable y brillante como el oro, animada de una vida enteramente nueva, y dócil á las inspiraciones de Dios.» (Ribet: *Mística divina*.)

Esas pruebas terribles, que santa Ángela de Foligno hubiera cambiado por todos los tormentos de esta vida, y que igualan, según atestigua el Cardenal Bona, á los suplicios del infierno, son patrimonio de muy pocas almas, y no hay para qué hablar más de ellas.

Nos contentaremos con levantar una punta del velo que ciega aún á muchas almas consagradas á Dios, para demostrarles la acción del amor más tierno en esas pruebas que se encuentran en el servicio de un Dios tan bueno y tan paternal, y que á ellas les parecen una verdadera contradicción.

1.º Es ley general que aquel á quien Dios ama ha de someterse á las pruebas. Tal es la ley del Antiguo Testamento: *Porque eras acepto á Dios, dijo el Angel á Tobías, fué necesario que la tentación te probase.* (Tobías, XII, 13.)

Tal es también la ley del Nuevo Testamento: *No es el discípulo más que el maestro, ni el esclavo más que su señor. Bástale al discípulo ser tratado como su maestro, y al esclavo como su señor. Si, pues, han dado al padre de familia el nombre de Belcebú, con mayor razón tratarán así á sus domésticos.* (Mat., x, 24.)

Es la ley publicada por los Apóstoles: *Todos los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo, serán perseguidos.* (II Tim., III, 12.) Es la ley proclamada por los santos Doctores y que se compendia en estas palabras de Bossuet: *«Dios ha tomado la resolución de asfijir á los santos.»*

Es inútil, pues, forjarse ilusiones: el alma que abraza generosa y plenamente el partido de la virtud, debe prepararse á la prueba: *Hijo mío, dice el Espíritu Santo, cuando entres en el servicio de Dios, permanece firme en la justicia y en el temor del Señor, y prepara tu alma para la prueba.* (Eccl., II, 1.)

2.º Esta ley es el resultado del amor de Dios, y de un amor especialísimo.

Queriendo Dios que algunas almas privilegiadas sean más santas, más dignas de El, y que estén más íntimamente unidas con El aun durante su permanencia en este destierro, empieza á unirse con ellas por modo inefable, purificándolas *con pruebas*, como algún día se hubieran purificado *en las llamas del Purgatorio*. Así como las almas que salen del cuerpo, antes de estar dispuestas para la gloria, pasan por el Purgatorio para purificarse allí completamente y hacerse dignas del Cielo, así también, dice santa Teresa, *en esta vida, antes de llegar á la perfecta unión con Dios, las almas necesitan comúnmente pasar penas extraordinarias, á fin de purificarse y hacerse capaces de gozar de Dios.* En cierta manera padecen aquí las penas del Purgatorio.

Así purificadas esas almas, aun en esta vida

se une Dios con ellas de una manera tan íntima y tan inefable, que ese estado de tormento es para ellas *el Cielo*. «Gozan verdaderamente de Dios—dice el P. Surín,—y participan de un bien que no puede comprenderse.» «¡Oh, qué dicha es el sufrir, y sufrir siempre!—escribía la beata Margarita María.—Nada hay capaz de darme gusto sino la cruz de mi divino Maestro; una cruz como la suya, ignominiosa, pesada, sin alivio, sin consuelo. Cifren otros su dicha en subir al Tabor, que yo por mi parte sólo quiero padecer, ¡nada más que padecer! ¡Oh, qué felicidad poder padecer en silencio y morir sobre la cruz, en medio de todas las tribulaciones del cuerpo y del espíritu!»

Y una vez que esas almas se han separado del cuerpo, no teniendo ya nada que expiar, se arrojan y se abisman con la violencia del más ardiente amor en el seno de Dios, que se abre súbitamente ante ellas para recibir las por toda la eternidad.

Es una gracia muy señalada la que Dios les hace, como lo comprenderemos al estudiar *los efectos de la tribulación*.

Después de todo, los que aspiramos al Cielo necesariamente hemos de pasar por los tormentos, *ya sea en la tierra ó ya en el Purgatorio*, pues aparte de nuestros pecados personales, el pecado original nos ha dejado bastante fealdad para que sea menester una ruda purificación.

3.º He aquí cómo el P. Surín explica la necesidad de los padecimientos extraordinarios para las almas especialmente amadas de Dios:

«Si se hubiera puesto en un vaso de plata

un licor fuerte y áspero, y se quisiera poner luego en él otro licor precioso y dulce, sería preciso desde luego vaciarle de todo lo que tiene. Podríase decir entonces que estaba vacío, pero siempre quedaría en él el olor del primer líquido, y para quitarlo sería menester frotar el vaso con arena ó con ceniza, lo que, en primer lugar, no podría hacerse sin ensuciarle; y en segundo lugar, si el vaso fuese capaz de sentir, experimentaría tanta pena y dolor como si lo desollaran vivo.

»De la misma manera, cuando Dios quiere purificar una alma y quitarle no sólo los vicios que contenía y de los que ha debido vaciarse por medio de la confesión, sino también librarla de los restos del olor de aquellos mismos vicios que subsiste en su inclinación natural y en el fondo de su amor propio, la mancha en apariencia con *las turbaciones, inquietudes y sequedades*, y acaba de purificarla con las penas más rigurosas.»

IX

La necesidad de padecer, para la religiosa en particular, está fundada en la obligación que tiene de conservar en toda su pureza el amor de Dios.

Amar á Dios es, como ya hemos dicho, la obligación esencial de la religiosa y la que desde luego cuadra mejor con su naturaleza. Ese amor, mostrándole cuán frágiles son los amores de la tierra, y cuán desproporcionados con la necesidad que sentía de amar siempre,

de amar hasta el sacrificio, es el que la ha traído á Dios, que es el amor puro, el amor verdadero, el amor completo, el amor eterno. Ha tomado el velo para permanecer siempre virgen y para amar más, y al realizar ese acto no ha pensado que hacía una cosa extraordinaria ni heroica; ha obedecido al impulso de la gracia en relación con su naturaleza. A su modo de ver, se confunden en un solo pensamiento *el amor y el sacrificio*, porque el verdadero amor es *el olvido absoluto de sí mismo para ocuparse únicamente en el objeto amado, con ánimo y resolución de sacrificarle todo lo que pida*. Para ella, *el amor es la abnegación*; entró en el monasterio únicamente para amar, entregarse y renunciarse; de modo que, si esa alma fuese demasiado feliz, temblaría imaginándose que no ama, ó á lo menos que no sabe dar pruebas de su amor, pues está convencida de que es necesario padecer para tener la seguridad de haber hecho el sacrificio de sí misma: el corazón menos puro quiere gozar de sus afectos; el corazón puro no quiere más que padecer.

El amor verdadero tiene hambre y sed de sacrificios, y teme, con razón, que aun los goces más puros no le alteren, enerven ó disminuyan; los teme casi tanto como otros temen el pecado. Para amar mucho es menester ser muy puro, y la pureza solamente conserva todo su frescor en medio de las tribulaciones; es *el lirio entre las espinas*. El corazón amparado y defendido por las penas es el que está mejor guardado.

El alma *se gasta y se agota* fácilmente con

prolongadas expansiones que sólo en el Cielo podrá soportar, porque allí será más fuerte; pero ¿qué alma generosa se ha cansado nunca de *padecer* en vista de su flaqueza? ¿Qué corazón se ha quejado nunca de sus continuos sacrificios? Al gozo se le dice *basta*; pero jamás se le dice *basta* al sacrificio que atormenta. El dolor alimenta, exalta, vivifica y santifica el amor.

Sufrid, pues, *con alegría* las penas que Dios os envíe, porque son para vosotras, almas consagradas á Dios, lo que son las tempestades para las olas: os conservan *puras y amantes*, dándoos la dulce satisfacción de sentir que amáis á Dios.

CAPÍTULO II

NATURALEZA Y CAUSAS DE LA TRIBULACIÓN

I. Tribulación, en general, es todo lo que produce una sensación ó un sentimiento desagradable.

Puede ser *física ó moral*, según que afecte especialmente al cuerpo ó al alma; pero tenga su asiento especial en el cuerpo ó en el alma, todo el sér experimenta sus dolorosos efectos.

II. La tribulación *viene siempre de Dios*, ó enviada directamente por El ó permitida y medida por él.

Dícese que viene *directamente* de Dios cuando